

Maria M.

VIDA DEPORTIVA

Película de emoción interpretada por los artistas

BERI LYTEN

MARION NIXON

PAULETTE DUVAL

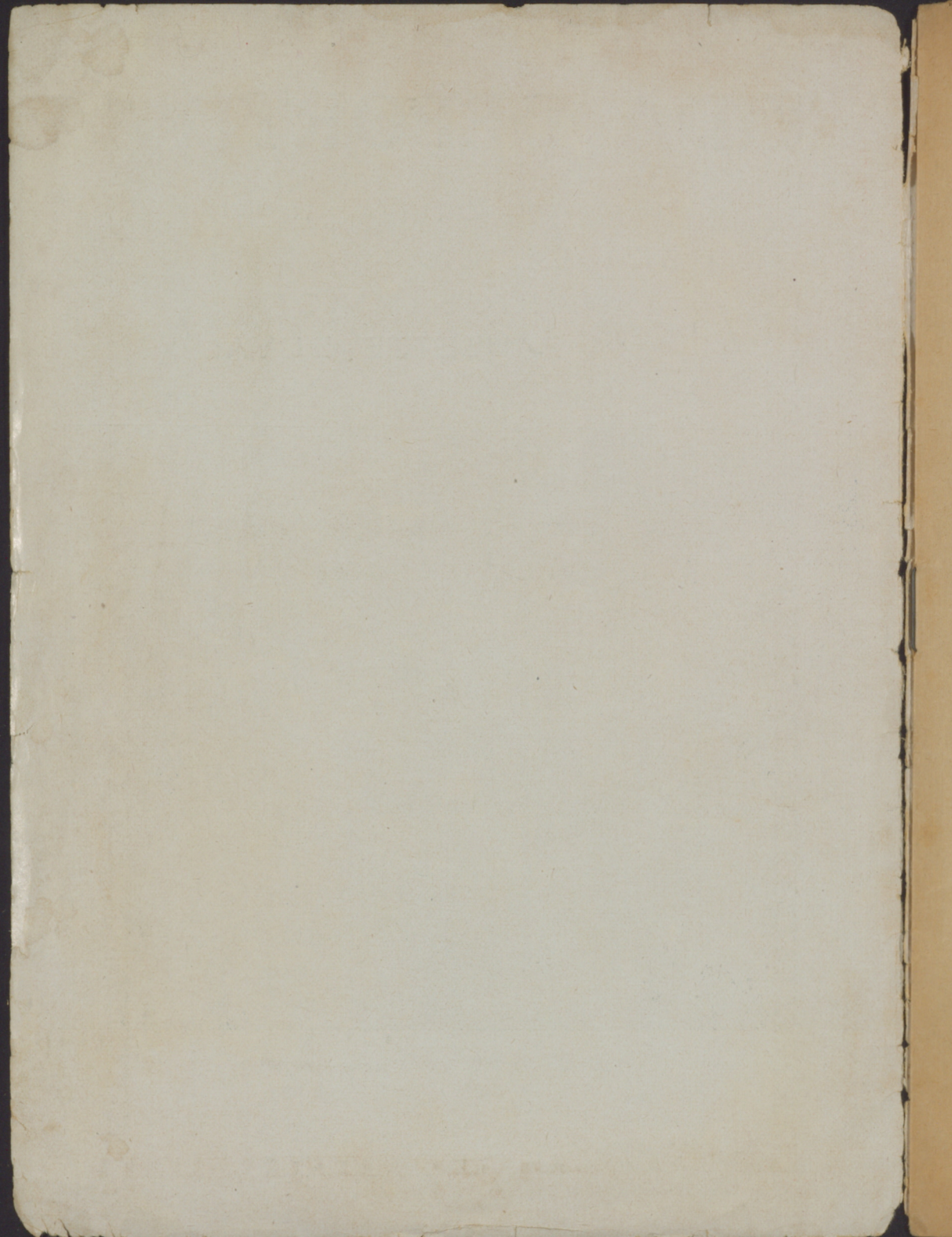


25
cts.

LA PELICULA DE AVENTURAS

Redacción y Administración: Mora de Ebro, 141 - Barcelona

25
cts.



LA PELICULA DE AVENTURAS

VIDA DEPORTIVA

Versión literaria de la película de igual título, marca "Universal",
interpretada por los famosos artistas

BERT LYTEN - MARION NIXON
PAULETTE DUVAL



Exclusiva: HISPANO AMERICAN FILMS, S. A. E.
Valencia, 233 - BARCELONA



Redacción y Administración: MORA DE EBRO, 141
BARCELONA

LA BIBLIOTECA DE AVENTURAS

LA BIBLIOTECA DE AVENTURAS

VIDA DEPORTIVA

Tratado de la vida deportiva en general y en particular de la vida deportiva en el campo y en la ciudad.

BERT LYTEN - MARION NIXON

PAULETTE DUVAL



Barcelona, Editorial Juventud, S. A.
Deposito Legal: 1935 - 1936



Barcelona, Editorial Juventud, S. A.
Deposito Legal: 1935 - 1936

LA BIBLIOTECA DE AVENTURAS

LA PELICULA DE AVENTURAS

VIDA DEPORTIVA

I

La revista de gran espectáculo titulada «Vida Deportiva», no obstante su fastuosa presentación, había sido un fracaso en Londres.

La noche en que empieza este relato se celebraba su última representación que ha congregado en el teatro a la gran familia deportiva para rendir tributo de confraternidad al «sportman» más famoso del imperio, lord Ernesto Woodstock, que ha sufragado todos los gastos para el estreno de la revista.

Cuando la representación se halla en todo su apogeo, llega a la puerta del escenario. Ernesto Woodstock cargado de paquetes para celebrar su fracaso artístico, deportivo, financiero, con la tranquilidad y esplendor que son su característica.

—Son recuerdos del fracaso de «Vida Deportiva», un título digno de mejor suerte — dice al conserge al propio tiempo que le hace entrega del regalo destinado a él.

Antes de que penetre en el despacho de la Dirección sale a su encuentro uno de los empleados y le dice:

—¡Llega usted a tiempo! Los acree-

dores se han enterado de que esta noche se cierra el teatro y han venido a embargar a la empresa...

Mas antes de pasar adelante demos un vistazo a la sala.

En uno de los palcos se halla Esteban Wainwright, un deportista cuya fortuna no saben de dónde procede ni sus más íntimos amigos.

Wainwright dice a la joven que le acompaña:

—Este fracaso me llena de satisfacción, aunque sólo sea porque afecta a Ernesto Woodstock.

Entretanto, en la contaduría, se desarrolla una escena que para un hombre de distinto carácter que el de Ernesto sería desagradable.

—¡Cobraremos! ¡Vaya si cobraremos, aunque para ello tengamos que embargar a usted su propia casa, señor Woodstock! — le dice uno de los acreedores.

—¿Dónde está el espíritu deportivo de ustedes?— le contesta Woodstock — todos cobrarán, pero déjenme tranquilo hasta que se corra el Premio Derby.

Y así, entre los comentarios del patio de butacas y la lucha por cobrar que tiene lugar de telón adentro, cae éste al finalizar la revista.

—Ahora el banquete de despedida

que da Woodstock. ¡Y siga el derroche y la alegría! ¡Eso es bueno — dice Esteban Wainwright a su amiga, mientras le ayuda a ponerse el abrigo.

En efecto, en el banquete se hace derroche de todo, no siendo la alegría lo que menos se prodiga.

—¡Es un hombre extraordinario! — ¡Pierde una fortuna y lo celebra con un banquete como este — dice Isabelita Meguire a Margarita Duncan.

Y como quiera que ambas observan que Woodstock da la preferencia en sus atenciones a Olivia. Margarita, dando por descontado el enamoramiento de la bailarina, musita al oído de su amiga:

—Debiera haber alguna alma piadosa que le enterara de las relaciones que unieron, y que unen todavía, a Olivia con Esteban Wainwright.

Pero Woodstock se encuentra muy ocupado repartiendo paquetes entre los artistas que aquella noche se separaran para unirse, tal vez, Dios sabe cuándo y dónde.

Después que los ha repartido todos saca del bolsillo interior de su *smocking* un pequeño envoltorio y se lo entrega a Olivia, diciéndole:

—Este anillo para nuestra encantadora, primera actriz.

Olivia desenvuelve el estuche, saca la alhaja y se la coloca, así, tal descuido, como si fuera un anillo de prometida, tal vez para alguien no pase desapercibido el detalle, que no es advertido por Ernesto.

Si alguien se ha fijado en ello ha sido seguramente Wainwright, que dice al anfitrión:

—No olvide, Woodstock, el refrán de que: «Afortunado con las mujeres... desgraciado con los caballos».

—¡Cree usted que por qué su caballo Thunderer es el favorito en el

Derby va a ganar a mi Lady Love?

—Le responde Ernesto.

—Ya está usted sobre aviso desde ahora, ¡Es más fácil ganar una mujer que ganar el Derby! — añade, con ironía, Wainwright.

—Pues sepa que pienso pagar todo lo que he perdido en esto del teatro con lo que le gane a usted sólo en esa carrera — dice por último Woodstock.

II

Al día siguiente se encuentra sido seguramente Wainwright, que sucedido la noche anterior, en la finca de su propiedad donde tiene sus cuadras cuyos caballos vienen luchando desde hace siglos, pero siempre noblemente.

El entrenador de los caballos de Woodstock es Jaime Cavanagh, que desempeña el cargo desde que aquél montaba un caballo de cartón.

Amo y servidor se disponen a presenciar una carrera de prueba de la yegua Lady Love, que debe tomar parte en el premio Derby.

—Aquí tiene usted su cronógrafo — dice Cavanagh a Woodstock, entregándole el pequeño aparato de precisión.

Apenas han cruzado estas palabras corta su conversación la presencia de Leonor Cavanagh, hija del entrenador, a quien Woodstock ha tenido la generosidad de pagar el pensionado durante cinco años.

La joven se acerca al grupo que forman su padre y Ernesto y éste no puede por menos de decirle en cuanto la tiene cerca:

—¡Vienes hecha una mujercita!

Carlando los tres se encaminan hacia dónde se halla José Lee, otro

protegido de Woodstock, que se entrena en estos momentos para un match pugilístico, ya que tal es su profesión.

—Como quedes mal, te retiro hasta mi saludo — le dice Woodstock.

La intimidad que reina en la finca se ve turbada por la llegada de un soberbio tren de carreras en el que

una carrera de prueba — les dice Woodstock.

Y previos los saludos de rigor, se disponen todos a tomar posiciones para presenciar la carrera.

Pero antes Ernesto, dirigiéndose a Leonor Cavananch, que ha permanecido algo alejada, le dice:

—Quiero que vengas con nosotros



... llega Ernesto Woodstock cargado de paquetes para celebrar su fracaso

vienen varios amigos y amigos de los que la noche anterior tomaron parte activa o como espectadores, en la retirada del cartel de «Vida Deportiva», figurando entre las primeras Olivia y sus compañeras Isabel y Margarita, y entre los segundos Esteban Wainwright.

—Llegan ustedes muy oportunamente para ver a Lady Love en

a ver correr a Lady Love — y añade al darle la mano para que le apíe del caballo—. ¡Ya podré decir que es un hombre afortunado el que consiga colocar un anillo de boda en esta mano tan pequeñita!

Instantes después Woodstock hace la presentación de Leonor a sus amigos recién llegados:

—Tengo el gusto de presentar a

ustedes a la señorita Leonor Cavan-nach, hija del entrenador de mis caballos.

A Olivia, la bailarina, que se cree, o aspira a ser, la prometida de Woodstock, no le hace mucha gracia la presentación y aprovechando un descuido de Ernesto, dice a la joven:

—En cuanto yo sea la señora de Ernesto Woodstock necesitare una doncella y la tendré a usted presente, Leonor.

Y sin más incidentes dignos de mención se instalan todos en torno de la valla que circunda la pista y da lugar la carrera de prueba.

Lady Love, en lucha con dos de los mejores ejemplares de las cu-dras de Woodstock les bate facilísi-mamente, cubriendo la distancia se-ñalada previamente en un tiempo in-verosímil, tanto que Wainwright, que también ha cronometrado la hazaña del animal, exclama, con visible con-trariedad:

—¡La yegua es una centella!

Woodstock, volviéndose hacia Cava-nangh, le dice a su vez:

—Este entrenamiento le acredita a usted más de lo que lo está.

Después de la prueba se hacen los comentarios propios del caso, cuyo resumen más elocuente son las pa-labras que Wainwright pronuncia, dirigiéndose a Ernesto, que con él está un poco separado del grupo prin-cipal:

—Si la yegua de usted gana el Derby, estoy arruinado, Ernesto.

—¡Pues, bien, hablemos con fran-queza! — le responde Woodstock—. Yo estoy en peor situación aún. Si mi pugilista no vence a Cunner Cra-ke, me quedo hasta sin cuadras; y el match es antes que el Derby.

Y añade, al cabo de un rato, re-flejando la preocupación que embar-ga su pensamiento:

—Espere. Quiero que le vea usted pelear, por si desea apostar con-migo.

Ambos, seguidos de los demás, se dirigen al encuentro de José Lee, que ya ha dado por terminado su entrenamiento y se ha vestido y le dice:

—Anda, prepárate, que nos vamos a dar unos puñetazos.

Woodstock y Lee se despojan de las prendas que más pueden estor-barles, y empieza la lucha.

Pero cuando se halla ésta en su momento más álgido y profesional y «amateur» prodigan los golpes como si la cosa fuera de verdad, Leonor, que ha permanecido algo distancia-da, devorando a solas la amargura que le han producido las crueles pa-labras de la artista, avanza hasta ellos, se interponen entre los dos, y dice a Lee:

—¡Eso no vale! ¡Usted es un pro-fesional y le va a hacer daño!

Esta improvisada fiesta tiene el obligado final: destapar unas bote-las de champagne para brindar más o menos sinceramente, por parte de algunos, por el doble éxito del pu-gilista y de la yegua.

Olivia, que no sabe qué hacer para llamar la atención de Woodstock, harto indiferente para con ella, y para despertar en él los celos, ofre-ce su copa a Lee para que beba.

—¡Gracias! — dice éste, rechazan-do, amablemente la invitación—. Cuando nos estamos entrenando no podemos beber ni fumar.

III

Los días pasan, el en que ha de celebrarse el match de boxeo se apro-xima, y Woodstock ve deslizarse el

tiempo tranquilamente, como si la vida no tuviese para él otro objetivo que el de dedicarse por completo a Leonor Cavanagh, con la que pasa las horas, o bien dando paseos a caballo por los alrededores de la finca, o jugando al tennis o en amable chara; el caso de estar siempre junto a ella.

gracia de torcerse un pie. Ernesto acude solícito en su auxilio, pues la joven no puede caminar por sí y tomándola en sus brazos como a una niña, la instala en una de las butacas que hay a la entrada del suntuoso chalet, mientras él va en busca de la embrocación para darle masaje.

En tanto por el camino que da ac-



Olivia desenvuelve el estuche, saca la alhaja y se la coloca como si fuera un anillo de prometida...

En estos momentos juegan al tennis, como casi todas las mañanas.

—¡Me ha ganado usted! — dice Leonor a Ernesto al finalizar un «set».

—¡Eso quisiera yo, ganarte! — le responde éste...

Reanudado el peloteo tras un brevísimo descanso, Leonor, tiene la des-

ceso a la posesión avanza un automóvil en el que van Oliva, Margarita e Isabel.

Cuando llegan al «chalet» aún está Leonor aguardando el regreso de Ernesto.

—Vaya a decir al señor Woodstock que estoy aquí—dice Olivia a la joven.

Pero Leonor ni le contesta, ni se mueve, entre otras cosas, porque la lesión que sufre en el pie se lo impide.

Visto esto por Olivia, añade en tono altanero:

—La que va a ser mi doncella debe ponerse en pie para hablar conmigo.

Leonor intenta a obedecer, no tanto por hacer lo que se le dice, como por marcharse de allí, y al tratar de incorporarse está a punto de caer y se sienta de nuevo:

—¡Qué se puede esperar de la hija de un cochero! ¡Debiera estar dónde le corresponde, con los caballos! — exclama Olivia, disponiéndose ella misma a ir en busca de Woodstock.

Pero no hace falta, Ernesto, que iba a salir en este momento llevando la medicina, para Leonor, se ha quedado parado junto a la puerta al ver a Olivia y a sus amigas y ha oído las palabras de aquella.

—He escuchado, sin querer, lo que acabas de decir a Leonor. Temo Olivia — añade — que has dado una interpretación errónea a nuestra amistad.

Olivia, a quien estas palabras producen el efecto que es de suponer, nada responde; se limita a mirar a Ernesto con ojos en los que brilla un relámpago de ira.

En cambio Ernesto sigue hablando con la mayor tranquilidad:

—¡Ya lo ves! ¡Hasta vienes usando el anillo que te regalé como si fuera de prometida y no lo es!... Póntelo en esta otra mano — añade disponiéndose a efectuar el cambio por sí mismo.

Pero Olivia le quita el anillo de entre los dedos y le arroja violentamente lejos de sí, saliendo precipitadamente del «hall».

—¡Vámonos! — dice a sus amigas.

Mientras el coche desanda el camino andado hace poco, Isabel, cuya locuacidad no desperdicia oportunidad para manifestarse, dice a Olivia:

—¡Ya me parecía a mí que tu boda con Ernesto era algo así como la mía con el príncipe de Gales!

—¡Os aseguro que ha de arrepentirse de su comportamiento para conmigo! ¡A mí nadie me humilla impunemente!

Mientras las tres artistas se alejan, camino de Londres, Ernesto, a quien sólo Leonor preocupa, sale a buscar a ésta al jardín y no la encuentra. Dando vueltas para hallarla la ve al fin en las caballerizas, acariciando, muy entristecida, a Lady Love.

—¿Qué haces aquí, mujer? — le pregunta Ernesto.

—¡Me dijo qué debía estar con los caballos! — le responde la joven,

—¡Tal vez tenga razón! ¡Así están mis dos amores juntos!

Hay una pausa al cabo de la cual dice Woodstock:

—Quiero decirte una cosa y no me atrevo. ¡Es un secreto!

—Dígame usted al oído — dice a su vez Leonor.

—¿Te quieres casar conmigo? — le pregunta Ernesto.

En este momento se acerca al grupo que forman los dos jóvenes, el padre de Leonor y ésta, abriéndole los brazos, le dice muy gozosa:

—¡Papá! ¿Te parece lo que me ha dicho? ¡Qué si me quiero casar con él!

Cavanagh sonríe sin expresar en su gesto la menor sorpresa, ni la menor contraiedad, y la joven le pregunta:

—¿Qué? ¿Tú consientes?...

A todo esto Olivia y sus amigas

cada vez se alejan más de la finca, camino de Londres. Cuando ya están a punto de salir de ella se cruza en su ruta José Lee, el pugilista, acompañado de su entrenador.

Olivia al verle, para el coche y le llama.

—¡Me alegro mucho encontrar a usted!—le dice—. Precisamente iba

y hasta le ofrece lumbre sin quitarse el cigarro de la boca para acuciar más su deseo.

Y Olivia prosigue su conquista, indiferente a todo lo que no es el logro del plan que se ha trazado.

—Tendría mucho gusto en verle por mi casa. Le espero el día del match, a las siete. Así tendré el



Olivia, aprovechando un descuido de Ernesto, dijo a Leonor...

diciendo a estas amigas: «José Lee es demasiado guapo para dedicarse al pugilismo».

Después de esta intencionada adulación saca su elegante pitillera, coloca un egipcio entre sus labios pecadores y ofrece otro al luchador.

Este, duda, vacila, pero Olivia le incita con los ojos a que le tome

placer de acompañar a usted al Club.

Y previa la promesa de Lee, de que el martes irá por casa de Olivia, se despiden siguiendo el auto su camino.

IV

Son las once de la noche del mismo día en que se han desarrollado los anteriores acontecimientos y nos hallamos en el Club Imperial.

Allí, sentados frente a frente, Ernesto Woodstock y Esteban Wainwright matan el tiempo jugándose el dinero, que va pasando del bolsillo de Ernesto al de Wainwright.

—Es usted demasiado afortunado en amores para serlo también en el juego — dice éste a aquél.

—Quizá tenga usted razón, pero de todos modos tengo que ganar el Derby.

Wainwright añade, al cabo cabo de unos minutos de silencio:

—Si su caballo pierde está usted arruinado, ¿verdad? Pues bien, ¿a qué correr un riesgo si puede llegar a un acuerdo con sus adversarios?

Hay una nueva pausa que rompe también Wainwright.

—¡Escúcheme, Woodstock! — le dice— Si hace que pierde su yegua, yo me encargo de pagar todas sus deudas y, además, le regalo cinco mil libras.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué retire a Lady Love y haga traición a mis amigos? — pregunta Woodstock.

—Los arruinados no tienen amigos — dice, insidiosamente, Wainwright, y añade, ya en franca pretendida confabulación.

—Si retira usted a Lady Love mi Thunderer gana de seguro. Es usted un tonto si no aprovecha esta oportunidad de asegurar un buen negocio,

Esta proposición llena de indigna-

ción a Woodstock que se levanta apostrofando furioso a Wainwright.

—¡Voy a hacer que le expulsen a usted del Hipódromo! — le dice.

—Y yo voy a hacer de usted un pordiosero! — le responde Wainwright.

Entonces Ernesto se abalanza contra su rival y lucha con él a brazo partido unos instantes, hasta que les separan las demás personas que se hallan en el salón.

Olivia que ha presenciado la escena desde detrás de una cortina avanza pesadamente hacia Esteban y le pregunta, como quien adivina su pensamiento y su intención:

—¿Te interesaría, Esteban, que el pugilista de Woodstock perdiera el campeonato que se disputará el martes?

—¡No podría suceder otra cosa mejor para mí! Si Lee es derrotado serán embargados todos los caballos de Woodstock y no podría correr el Derby, ni pagar a nadie.

* * *

El martes, por la noche, en el Sporting Club, de Londres, donde se rinde culto al pugilismo con toda a finura y distinción posibles.

La sesión de boxeo va a dar comienzo y José Lee no parece por ninguna parte.

—¿Aún no ha venido? — pregunta su entrenador, y añade:—Se marchó poco antes de las siete sin decir adónde iba.

Mas José no está perdido, no.

Se encuentra en casa de Olivia, que le colma de mimos y atenciones.

—¡Qué lástima que tengas que ir a darte de puñetazos con el hombre ese! — le dice—. ¡Tan bien como podríamos pasarlo aquí los dos so-

—¡No puede ser, y lo siento! — responde el pugilista—. Si no fuera por el interés que tiene en ello el señor Woodstock, lo dejaría todo, créeme.

—En vista de que no accedes a faltar a tu compromiso, quiero brindar por tu salud y por tu triunfo— añade Olivia, que entra en su gabinete, donde está oculto Wainwright, al que enteró de la decisión de Lee, de marcharse.

Entonces el perverso «sportman» echa el contenido de un papelito en una copa de licor con la que vuelve a salir Olivia adonde le aguarda Lee.

La bailarina juguetea con la copa, pasándola de sus labios a los del joven para desperar en éste el deseo de beber, como así ocurre, al fin.

—No, tú no puedes beber; te haría daño — le dice Olivia tratando de arrebatarle la copa.

—¡No pases cuidado! ¡Yo puedo con doce copas como esta y con doce Cumer Grake! — y bebe de un trago el contenido del recipiente de cristal.

A poco el narcótico surte sus efectos y el infeliz Lee cae pesadamente, sin sentido en una butaca.

Y en tan lamentable situación le dejan Olivia y Wainwright, al marcharse juntos al Sporting Clup.

Al salir, dice Wainwright a su amiga refiriéndose a Lee:

—Este obstáculo ya no lo es, pero ¿y si sus acreedores le conceden una prórroga? ¡Ya sabes que tiene mucha suerte en medio de todo!

—Eso puede evitarse anonándole a fuerza de contrariedades — responde Olivia—. Una de las mayores sería el secuestro de esa chiquilla, de que está enamorado — y añade:

—Daniel Hicks arreglará este asunto a las mil maravillas.

En tanto la sesión del boxeo ha dado comienzo y Lee, no parece, naturalmente.

—¡Si a José le ha sucedido algo, estoy arruinado! — dice Woodstock.

—El público se impacienta. Ha llegado la hora del encuentro de Campeonato — hace observar el arbitro.

Y José, que recobró el sentido a poco de quedarse solo en casa de Olivia, y que apenas tuvo noción de sí, se encaminó al Sporting, confiando en poder cumplir su compromiso, hace su aparición en este crítico instante, en un estado verdaderamente lamentable.

—No te doy un puñetazo porque bastantes te va a dar Cumer — le dice Woodstock.

Mientras Lee se prepara para la lucha, Wainwright, confiando en que éste no ha de comparecer, redobla sus apuestas a favor de su contrincante.

—¡Mil libras a favor de Cunner Grake! — exclama.

—¡Aceptado! — le responde Woodstock.

El momento del deseado encuentro llega al cabo: Cumer Grake y José Lee están ya sobre el «ring», pero al ir a incorporarse éste para dar comienzo al ataque, cae pesadamente, como muerto.

Un médico que sube a reconocerle declara que no puede luchar y ello da lugar a una confusión enorme, de la que trata de aprovecharse Wainwright, cuya sorpresa ha sido espantosa cuando vio aparecer al luchador que él creía narcotizado en casa de Olivia.

—¡Todas las apuestas quedan anuladas! — dice el arbitro.

—¡No! ¡Todas las apuestas están en pie! ¡El señor Woodstock pierde! — grita Wainwright.

—El señor Woodstock tiene dere-

cho a presentar otro contrincante, puesto que así lo especifica el contrato — añade el propio árbitro.

Woodstock, vacila; no sabe qué hacer para resolver la situación, que en tan difícil trance le tiene colocado y al fin se adelanta al público y dice:

—El contrincante seré yo.

Y, en efecto, se despoja de la ropa y se dispone a disputar el Campeonato a Crumer Crake.

Los primeros «rounds» mantienen indecisa la lucha. Tan pronto cae Woodstock como Craker, notándose, no obstante, alguna superioridad a favor de éste.

—¡Tres mil libras contra una a favor de Craker! — grita Wainwright — dado por descontado el triunfo del campeón.

—¡Van! — contesta desde el «ring» Woodstock.

Y sigue el combate y a medida que avanza, recobra Ernesto la seguridad y la confianza en sí mismo.

Viendo esto Wainwright, idea una nueva maquinación para que no fracase su propósito de ganar.

Para llevarla a cabo se vale de uno de sus cómplices, al que ordena que se sitúe junto a las llaves de la luz para que si ve a caer a Crake, deje a oscuras la sala, a fin de que tenga tiempo de rehacerse.

Así ocurre instantes después, y el truco da el resultado apetecido, pero esto no sirve de nada toda vez que a poco, el campeón recibe un fuerte puñetazo de Woodstock y cae por encima de las cuerdas, precisamente a los pies de Wainwright, completa y definitivamente vencido.

Woodstock, más sereno que nunca, se encara con su enemigo, con Wainwright, y le dice:

—Cobraré sus pequeñas apuestas, Wainwright, y le daré lo suficiente

para que pueda desquitarse de lo va a perder apostando contra mi Lady Love.

V

Y he aquí un nuevo personaje, al que sólo conocemos por haber oído pronunciar su nombre una vez. Daniel Dicks, propietario de una taberna nada recomendable llamada «El Palomo Blanco».

Es de advertir, antes de pasar adelante, que José Lee, el pugilista, apenas repuesto de su indisposición, se encamina de nuevo a casa de Olivia dispuesto a tomar venganza de la mala pasada que acaba de jugarle.

Llega momentos antes que Wainwright, cuyo encuentro esquivo escondiéndose detrás de una puerta, desde donde tiene ocasión de enterarse de la conversación que sostienen, por teléfono, Esteban y su cómplice Daniel Hicks.

—¡Soy yo, Daniel! — dice éste, y añade: — ¡Ya está el gato en la tregala!

Wainwright, volviéndose a Olivia, dice en alta voz:

—Daniel tiene a Leonor en «El Palomo Blanco».

Instantes después Esteban se marcha y queda sola Olivia, que se dirige a sus habitaciones.

Lee, deseoso de enterar a Woodstock de lo qué ocurre, y creyendo que el medio mejor es el teléfono, se dispone a utilizar éste, adoptando determinadas precauciones para no ser oído. Olivia que desde su habitación ha oído ruidos extraños, sale y, por intuición, lo primero que hace es cortar los hilos del teléfono.

De esta manera Ernesto Woodstock no oye apenas más que la no-

ticia escueta del secuestro de la joven, sin que le de tiempo a escuchar el lugar dónde la tienen.

A todo esto Olivia ha levantado el abrigo que cubría a José Lee y al ver que es éste, le dice irónicamente:

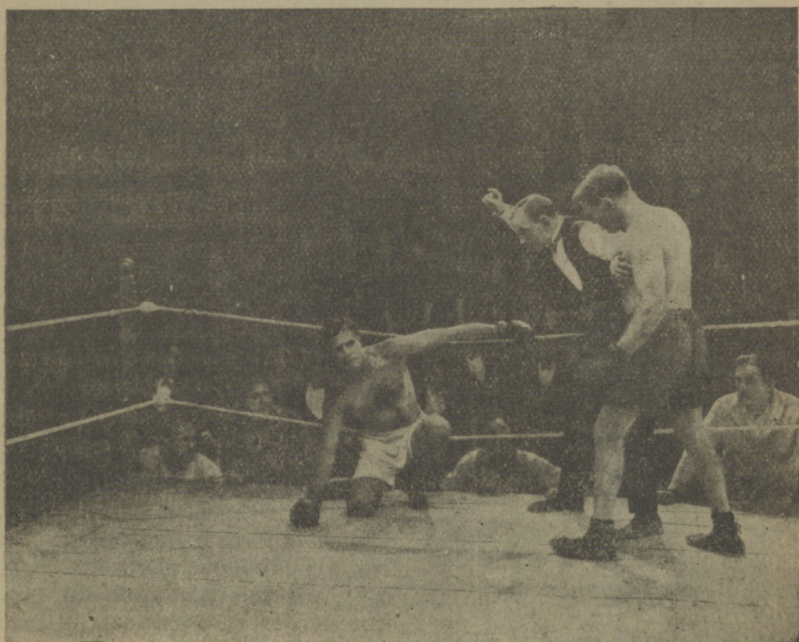
—Se acabó la comunicación, Lee!

—No le ha valido la treta

varios golpes sobre ella, que cae al suelo para no levantarse más.

VI

Woodstock, a quien la noticia del



Los primeros «rounds» mantienen indecisa la lucha.,

—¡Ha querido usted perderme y perderá a mi protector! ¡Pues no será, no! — le responde José esgrimiendo amenazador, el aparato telefónico que aún tiene entre sus manos.

Olivia, aterrada, recorre huyendo toda la casa pero Lee la alcanza al fin, y sin poderse dominar descarga

secuestro, recibida a medias por teléfono, sorprendió en su casa, a muchas millas de la hacienda, se había dirigido a ésta inmediatamente, en automóvil para ver qué podía haber ocurrido a la joven.

Al preguntar al padre por ella, Cavanagh, le responde:

—Estaba bien anoche, cuando se despidió de mí.

Ambos se dirigen al dormitorio de Leonor se hallan la cama vacía, con evidentes señales de lucha.

Sobre la almohada, y prendido a ésta con un alfiler, hay un papel en el que se hace saber a Woodstock que hasta quince minutos antes de la carrera Derby que debe tener lugar aquella tarde, está a tiempo de retirar su yegua, y que si no lo hace, no volverá a ver más a su novia.

Este aviso desconcierta a Woodstock, que no sabe qué hacer, ni adónde dirigirse, pero la oportuna llegada de José Lee aclara por completo el misterio.

—Yo estaba allí — le dice y oí que la tenían en «El Palomo Blanco».

Inmediatamente Woodstock y Lee toma el automóvil y se dirigen al indicado establecimiento, situado en uno de los peores barrios de Londres.

—Tú espérame aquí. Si dentro de cinco minutos no he salido avisa a la policía — dice Woodstock al pugilista — y entra en la taberna.

Al primero que ve es a Esteban Wainwright, que está allí como señor y amo.

—¿Dónde está la señorita Cavanagh? — le pregunta.

—Lo sabrá usted tan pronto retire a su yegua de la carrera Derby.

Mas Leonor que está encerrada en una habitación contigua, al oír la voz de Ernesto empieza a golpear la puerta y a dar gritos demandando socorro.

Ernesto se dirige al lugar en donde está la joven, abre la puerta y Leonor se precipita en sus brazos.

—No temas, Leonor — le dice—

dentro de cinco minutos estarás libre.

En este instante se oye ruido de lucha en la calle y aparecen Daniel Hisck y varios hombres de su catadura, quienes se han apoderado de José Lee, que se defiende de todos ellos desesperadamente.

Cuando se han apaciguado los ánimos y parece alejada toda posibilidad de que Leonor, Ernesto y Lee puedan escapar, Wainwright se dispone a irse, no sin antes aleccionar a Daniel Hisck.

—Llámame por teléfono a Epton, a las dos y media, lo más tarde. Si no ha firmado el compromiso, ya sabes lo qué has de hacer.

En cuanto se marcha Esteban Wainwright, Daniel Hisck monta un verdadero servicio de vigilancia en torno de los tres prisioneros.

Estos, sentados juntos, a un lado de una larga mesa, tienen enfrente a Hisck y a sus hombres.

Daniel coloca delante de Woodstock el compromiso de retirar su yegua, a que se refirió antes Wainwright, y pone también tintero y pluma al alcance de su mano.

—Tratan de intimidarte — le dice Leonor—. Prométeme que no retirarás a Lady Love, Ernesto.

—No firme usted, que aún no hay que perder la esperanza — le dice a su vez el pugilista, a media voz.

Como éste observa que Hisck no deja de mirar a cada paso un reloj que aparece colgado en uno de los testers de la habitación, le dice, para hacerle volver la cabeza y aprovechar la distracción para hacer el último intento de fuga:

—Su reloj se ha parado.

Y, en efecto, cuando Daniel Hisck vuelve la cara para comprobarlo, movimiento en el que le acompañan los demás hombres que están con él,

Lee, Ernesto y Leonor, que ya estaban en inteligencia, por señas, empujan violentamente la mesa, derribando a cuantos se hallan sentados al lado opuesto, y válidos de la confusión que se arma tratan de huir precipitándose por la escalera que conduce a los pisos superiores.

Los bandidos salen detrás de ellos,

poder pasar al terrado de la casa contigua, y cuando están efectuando el arriesgado tránsito, los malhechores, incapacitados para cortarles la huida, recurren a las armas y apuntando con un revólver a Woodstock, en el momento en que se halla en el sitio de más peligro, disparan y el lord cae pesadamente a la calle.



¡Pues no será no!—contesta Lee esgrimiendo el aparato telefónico

mas los fugitivos tratan de cortarles el paso arrojándoles, desde arriba, cuantos objetos hallan al alcance de sus manos, y así llegan hasta el terrado al que logran salir utilizando una escalera de mano, que quitan tras ellos, haciendo imposible el acceso a sus perseguidores.

Valiéndose de la misma escalera, la tienden, a manera de puente, para

VII

Es la una y cuarto y allá, en Epsom, Wainwright espera impaciente las noticias que pueda darle Daniel Hisk.

Este le llama al cabo por teléfono y le dice escuetamente:

—Trataron de escapar y al señor Woodstock le ha costado la vida.

Y ya sabe Wainwright todo lo que le interesa saber y se dispone a coger el fruto de su hazaña.

En tanto en Limehonse la policía, atraída por el ruido del disparo, ha acudido al lugar del suceso y ha capturado a sus autores.

Al disponerse a auxiliar al que se cree lord Woodstock todos ven con gran sorpresa que ni está muerto, como suponían, ni es el señor Woodstock, es el pugilista, quien, a punto de expirar, tiene aún fuerzas para decir:

—Me puse el abrigo y el sombrero del señor Woodstock para que él pudiera escapar...

Pero volvamos a Epsom.

La carrera del premio Derby está a punto de empezar, claro que sin que tome parte en ella Lady Love, cuyo ginete, vestido ya para correr, comenta con Cavanagh y con otros servidores, la desgracia acaecida a su amo.

Y cuando el puñado de leales se conducen, entristecidos, del triste fin del lord, aparece éste seguido de Leonor.

Sin dar ninguna explicación; sin querer oír a nadie, dispone en el acto que el jockey monte la yegua para ver si aún llega a tiempo de tomar la salida con los demás caballos que están ya alineados.

Afortunadamente así es, gracias a una primera salida en falso.

—¡Ahora salen; ahora! ¡Llegó a tiempo! — exclama Leonor.

En efecto, Lady Love, corre; y corre tanto y tan bien, que no tarda en adelantarse a todos los demás caballos, pasando la meta el primero con gran ventaja.

Esteban Wainwright, no sale de su asombro: ¿Qué ha sucedido? — se pregunta a sí mismo.

No sospechando, ni remotamente, la verdadera causa de tal sorpresa, se dispone a beneficiarse con el triunfo de la yegua de Woodstock.

—¡Ese premio es para mí! — grita—. Lord Woodstock ha muerto y anoche me vendió a Lady Love.

Entonces Woodstock surge, como por arte de magia, para desmentirle.

—Ni yo he muerto, como puede verse — dice — ni he vendido a nadie mi yegua. Por si todo esto es poco contra usted, Wainwright, yo le acuso, además; de asesinato.

Y no es lo malo que le acuse Woodstock, sino que le acusa también Daniel Hisk, que en este momento acaba de llegar entre dos policías.

—Aquel es el verdadero culpable de todo — dice, señalando a Wainwright.

Esclarecida la verdad, y mientras la policía se lleva al falso «sporman», Woodstock, a quien rodean para felicitarle sus amigos, dice a Leonor, aprovechando un pequeño descuido de los que le asedian:

—Ahora nos toca correr a nosotros, Leonor; para que nos dejen tranquilos de felicitaciones.

Y ambos se deslizan: toman el autómóvil y se alejan.

